

VIDA Y HECHOS

Prolegómenos al problema del hombre

POR FAUSTINO G. SÁNCHEZ-MARÍN

Planteamiento.

¿Qué duro problematismo de la existencia es el que ahora mueve al hombre a ocuparse de ella con tan grave y asediante preocupación? No parece sino que los mismos cimientos de la existencia humana se han conmovido y el suelo se agita peligrosamente bajo la pisada del hombre. ¿Qué supuestos fundamentales de la existencia han priclitado?

Asistimos a la más vasta crisis de la historia. San Agustín ya pudo decir que se había hecho cuestión él mismo ante sí. Pero en ello nada había de particular, puesto que siempre ha sido, es y será para el hombre una gran cuestión: el hombre, su sentido y su fin. Mas ahora se pregunta por la propia existencia humana como si se dudara de ella con duda más radical que la cartesiana, la cual, al menos, aceptaba como inconcusa la realidad de la existencia: *cogito ergo sum*, (pienso, luego existo). Pues si no se duda de la existencia como hecho, si del principio, fundamentos y finalidad de la existencia. ¿Qué garantías y qué sentido tiene la existencia?

Y este problema (1) se ha hecho problema filosófico y psicológico justamente cuando la existencia de los individuos y de los pueblos se ha hecho más precaria, cuando se ha sentido más amenazada. La salud no suele ser objeto de preocupación y reflexión, sino cuando está minada por la enfermedad. Nótese que precisamente es en Alemania, cuya existencia histórica sufre tan grave amenaza, donde se ha planteado más rudamente el problema de la existencia, donde ha surgido una filosofía especialmente *existencialista*.

Empezó la moderna cuestión de la existencia por haber sido experimentada una angustia, tal vez una soledad, un abandono: así el niño que, a su alrededor, deja de notar la presencia confortante de sus padres.

No se olvide que Kierkegaard, el filósofo de la angustia, empezó a pade-

(1) *Problema*, en griego «problematos», significa cosa puesta delante o encima. *Delante*: frente y contra la visión y esfuerzo intelectual inquisitivo. *Encima*: pesando verdaderamente y preocupando. Si es sólo lo primero, el problema es puramente especulativo; tal el matemático problema vital. Si es sólo lo segundo, inquietando el corazón, pero no la mente, es una preocupación; un

En cuanto al primero—*delante* o *enfrente*—puede ser de doble naturaleza: *espontáneo*—toda cuestión que saliendo a nuestro encuentro, se nos ofrezca dudosa, objetiva y subjetivamente—y *metódico*—cuestión voluntariamente elegida, bien sea dudosa de manera espontánea, o bien propuesta como dudosa, no obstante ser cierta para el sujeto—.

cerla precisamente ante el temor de pasar inadvertido ante Dios; y que lo temía, allá en lo más íntimo, por tener una trágica y oscura conciencia de pecado desde el comienzo del humano sentir. Angustia, angostura. ¿Es que del pecado le proviene al ser una suerte de estrechamiento y como vahido?

Ya es muy significativo que lo de la angustia se haya planteado como problema filosófico, partiendo directamente de una situación de conciencia de pecado.

¿No será esto seguro indicio de que el problema general de la angustia existencial debe plantearse desde el supuesto de un pecado general y original?

Pero sólo interesa de momento examinar la naturaleza, legitimidad y oportunidad de esa angustia en cuanto problema filosófico.

Para la filosofía moderna, sobre todo, el problema filosófico ha solido ser un problema metódico, como el científico. No en balde se ha vivido una época de *ciencismo* y *matematismo*, hasta el punto de que sólo al pensar matemático parecía concederse validez universal.

Sin embargo, la filosofía nacida tras la quiebra del racionalismo y construida por filósofos sin fe o con fe no católica, la *filosofía existencial* peculiarmente, ha hecho del problema filosófico por excelencia—del problema del ser y su sentido—, un problema completo, total: un problema de *delante* abarcando las características de espontáneo y metódico; y de *encima*. El problema antropológico, existencial, ha pesado y pesa aún verdaderamente no solo sobre la razón, si no que también sobre la entraña, la conciencia y la vida de estos filósofos. Peso. Opresión. Angustia. Angostura.

Se ha advertido toda la exigüidad del ser humano, contingente. Bien dice Laín Entralgo: «Es filósofo aquel a quien se le hace claro el problema de su propia finitud».

No deja de tener interés fijarse en esto. La filosofía ha procurado tener, sí, una manera de ver, considerar y proponer problemas, distinta de la que tienen las ciencias. Pues éstas pretenden, al solucionar un problema, *saber*, aumentar la zona de conocimientos exactos y seguros; la filosofía, en cambio, proponiéndose problemas metódicos, problemas que a veces estaban de antemano resueltos para la conciencia vital—así, la realidad de un mundo exterior—y que sólo al filósofo chocaban, no al hombre, pretendía más bien que saber, *explicar*, racionalizar, categorizar.

La filosofía siempre intentó moverse en dirección *vertical*, la ciencia, en dirección *horizontal*, pasiva.

Pero solamente la filosofía existencial—si bien en esto tiene un magnífico antecedente en San Agustín—, ha hecho del *problema del hombre* un problema filosófico y del *problema filosófico* un problema del hombre, un problema racional-vital. Estimamos que, en principio, no trae esto un mal, sino, por el contrario un bien; pues una inquietud radical y sincera puede, por una parte remozar y reverdecer la filosofía; y, por otra, poner la mente moderna en disposición de recibir, si no se acoraza de soberbia, la llamada de la gracia a conversión.

Una como filosofía existencial mostró a San Agustín la insuficiencia de la filosofía gentil y le dispuso a la filosofía cristiana, bautizando a la helénica.

No es esta—*conversión*—una de las palabras menos frecuentes en la terminología de las filosofías contemporáneas. A una época de *diversión* del hombre arrojado ávidamente a las cosas, al mundo físico por vía de ciencias naturales

y técnicas, al mundo-primer-enemigo-del-alma por la frivolidad y ansia de satisfacciones exteriores, a la mundanidad en fin; parece suceder otra época de regresión del hombre, cansado, hastiado del mundo, a sí mismo; una época de introversión, de ensimismamiento. Al cabo, el mundo se torna áspero y hostil. Un mundo en crisis, como es el actual, es un mundo poco mundano. Ante un mundo así, el hombre parece decirse cada vez más desengañado y resuelto: *me convierto*.

Pero es dudoso que este *me convierto*, a pesar de todas las resonancias espirituales y religiosas que el término tiene, sea en realidad otra cosa que un simple y egoísta *me refugio en mí mismo*. Re-fugio; re-huyo, escapo hacia atrás, hacia mí mismo, retrocedo ante el mundo por cuanto el mundo no está ahora mundano.

Creemos que esa reacción excesivamente individualista operada ahora en muchos de aquellos que, vígiles, perciben el peligro del mundo en torno, es una prueba muy segura de que se trata, no de una *conversión* (pues el prefijo *cum* implica la idea de una solidaridad generosa), sino de una fuga, dado el «sálvese quien pueda».

Existencia trágica.

No regatearemos a la filosofía existencial el mérito de haber dado revestimiento ético-estoico solamente, no cristiano, a la actual situación del hombre en peligro en medio de un mundo también en peligro o ruina. El existencialismo percibe intensamente la inminencia de los riesgos, está convencido de su fatalidad, ha averiguado la intrínseca labilidad del mundo y la para él también radical labilidad del hombre mismo—el cual no tiene otra densidad óptica que la de su «arrojado» o trayectoria de la nada a la muerte—; y, sin embargo, sienta como un imperativo categórico el deber de avanzar entre amenazas y ruinas altivamente hacia la nada, explicitando, a sabiendas de su esterilidad definitiva, el programa de existencia que es todo *yo*. Programa de existencia trágica. «Finitismo titánico».

¿Quién ha dicho que no existen filosofías nacionales? ¿Quién no ve que la filosofía existencial es, en cierto modo, una filosófica nacional de la grande y también mísera Germania que ha elaborado la más poderosa trilita para mover y conmover la Historia: la mezcla explosiva de lo fáustico, lo romántico y lo trágico?

Pues ¿qué es lo trágico? Se hablará inmediatamente del origen de la tragedia griega, de los cultos dionisiacos... Pero conviene destacar principalmente la nota de *esterilidad* que suele comportar lo trágico.

Así lo trágico implica lo dionisiaco, lo orgiástico, la gran vitalidad, pero también la esterilidad de ese esfuerzo y vital sobrelujo; denota libertad, auto-determinación, exacerbación de poderío, proyectos de audacia infinita, pero también necesidad, hado ciego, truncamiento a dos pasos del vértice, fracaso, desesperación, negro abismo de la nada...

Cruge lo trágico con la tensión entre la fatalidad y libertad moral. La existencia trágica es el desarrollo de un gran problema inútil, el esfuerzo estéril de un Prometeo encadenado, de un superhombre atado por el sino, de un Sisifo impulsado sin cesar a la cumbre por una especie de «*élan ascensionnel*» y de continuo derribado.

La «Existenzerhellung», la «elucidación de la existencia» (término de Jaspers) será, por tanto, un darse cuenta de que se es fundamentalmente un «ser para la muerte», un triste ser-para-la-nada; y que, por ende, la existencia, por brillante y de superhombre que sea, es estéril, vivida fatalmente en balde: una existencia trágica.

Angustia existencial.

Fácilmente se comprende que sea un sentimiento de angustia el que esté a la base de toda esta filosofía; que el término *angustia* suene constantemente como un contrapunto subrayando toda la línea temática de esa sinfonía incompleta y romántica que es la filosofía existencial.

Muy conveniente será que nos fijemos en cuáles sean las causas de aquel sentir angustia de la existencia. Y son dos: una metafísica y otra moral. La metafísica, es la misma contingencia del ser humano, común a todo ser creado. Y esta es la causa esencial, la verdadera madre de la angustia; pues angustia, por su etimología, indica angostura. Se trata, en efecto, de una verdadera estrechez, de una real insuficiencia ontológica por la que se hace precisa como a un organismo precario, la ayuda fundamental y constante de esa especie de sobrealimentación o vitamina metafísica que es la *conservación en el ser*.

Toda creatura padece aquella insuficiencia; ninguna empieza a existir por sí misma, ni por sí misma se mantiene existiendo. En general todo lo que empieza a existir, es incapaz de existir por sí mismo; pues si lo fuera, necesariamente existiría sin comienzo, desde la eternidad. La existencia es lo que más apetece la esencia. Si una esencia tiene *per se* vigor bastante para ser existente, no diferirá un solo momento el satisfacer su sed de existir. Su existencia acaecerá en el mismo momento de su esencia. Será eterna, por tanto; su momento, será el «momentum stans» de la eternidad; gozará del atributo de la *aseidad*, del ser y existir por sí mismo: será Dios. Pero si *ha comenzado a existir*, ello sólo ya indica que la tal esencia era débil, insuficiente, refleja; que en ella había mezcla de ser y aun más de no-ser que de ser.

Así describe Salmerón, el compañero de Láinez en Trento, la profunda diferencia entre el Ser y el contingente: «...pues Dios está todo formado de ser, no teniendo nada de no ser: de otra manera ocurre con nosotros y con todas las creaturas, las cuales efectivamente tienen el ser mezclado con el no ser, y cualquiera de ellas tiene más de no ser, que de ser...»

Pero, además, la tal insuficiencia es perpetua compañera de la creatura y no se aparta de ella mientras existe; y aun se agudiza, por el *desgaste* que sufre en cierto modo el ser, chocado de continuo con la realidad. Las existencias son también mutuamente resistencias. Así como una piedra—valga el grosero ejemplo—, lanzada al espacio, aparte la de la fuerza de gravedad, sufre también la resistencia del aire que hiende; así todo contingente, así el hombre mismo, *arrojado* al espacio de la existencia en el tiempo, encuentra la resistencia de los demás contingentes y de la *duración* misma; con lo que la proporción entre ser y no-ser se altera y varía por momentos en favor del segundo.

Ya la palabra *duración* tiene su parentesco con la palabra *duricie*. Ambas tienen que ver con el latino *durare*: endurecerse y durar. Toda duración supone cierto endurecimiento, por lucha y victoria continuadas en favor de la

subsistencia; por superación constante de la fuerza de gravedad ontológica que en todo ser contingente es una tendencia hacia la caducidad, una llamada hacia la muerte. Cada instante de existencia es una superación del no-ser, una resistencia a la caída, un nuevo comenzar a existir. Por eso, el contingente necesita ser sostenido de continuo en el ser, necesita de continuo *empezar a ser*. Y para ello, precisa también constantemente del Ser fundamentante y que da todos los comienzos de existir: del Ser Creador. La *conservación es una creación continuada*.

Toda creatura es, pues, un algo suspendido, mientras existe, sobre la nada; incapaz en absoluto de mantener por sí misma la flotación. «Dios, en efecto—dice Salmerón—, se dona a toda creatura, en tanto que está en ella conservándola para que, grave, no caiga hacia su propio sitio, esto es, hacia la nada, de donde salieron todas las cosas... Y lo mismo que las manos sostienen el cálamo, para que no se escurra, así Dios conserva perpetuamente de la nada todas las cosas» (In Joan.-XVI-L. I. disp. IV-203-2.^a)

¿Qué sensación de angustia no sufriría la creatura que se conociese a sí misma en tal suspensión sobre la nada, desfalleciente de horror, faltándole a cada instante la energía, sujeta al vértigo y a la terrible ley de su propio *pondus* que le inclina irremisiblemente hacia el oscuro y temeroso abismo; y con la *inseguridad* de que la mano misteriosa y fuerte que ahora lo sostiene, lo siga haciendo en el siguiente instante?

Pues hay una tal creatura: el hombre. Y una tal angustia: la existencial.

A toda creatura le ocurre esa terrible contingencia de su *contingencia*. Pero solamente el hombre se da cuenta de ella. Y a ese darse cuenta, a ese conocer la propia radical labilidad, es a lo que la filosofía existencial parece llamar particularmente *existencia*.

Esta es, pues, el grado especial del ser personal y consciente, del hombre que sabe que es contingente y reflexiona y medita sobre su contingencia. Así dice Heidegger: «La «*esencia*» de la «*existencia*» consiste en su existencia».

Es decir, lo esencial del hombre es ser no sólo subsistente, sino existente (en el citado sentido heideggeriano, el cual indica viva inquisición sobre el ser, así como la vivencia consciente de la angustia metafísica).

De modo que la existencia es tanto más existencia o tanto más auténtica, cuanto más *preocupada* está por el sentido de ser, cuanto está más poblada de *cuidados*, cuanto más intensamente vive con *angustia moral* o existencial aquella angustia ontológica propia de todo lo contingente.

EXTREMEÑOS DE OTRORA

Alonso Hurtado de Mendoza, fundador de La Paz

POR MOISÉS MARCOS DE SANDE

Alonso Hurtado de Mendoza, fundador de la ciudad sudamericana de La Paz, ¿fué garrovillano?

He aquí una interrogante que dejo abierta para que la cierren los doctos enamorados de la hermosa Clío; pero en tanto no se me demuestre lo contrario, sostendré que fué garrovillano.

Si estudiamos la genealogía extremeña, veremos con harta frecuencia la mutación de los apellidos Hurtado y Mendoza, hasta el punto de hacer surgir la proverbial frase: «No hay Hurtado que no sea de Mendoza, ni Montero que no sea de Espinosa», que Publio Hurtado recoge aunque sea para negar el aserto (1). El propio autor al tratar del apellido Hurtado en las familias cacereñas, demuestra que en su mayoría eran oriundos de Garrovillas, incluso el citado autor.

Ahora bien, el capitán Alonso de Mendoza, natural de dicha villa, y del que Publio Hurtado (2) afirma que era amigo de Velázquez, y que desde la Fernandina marchó con Garay a la Jamaica, acompañándole a la conquista de Pánuco, después de cuya desgraciada empresa se acogió a la villa de Santisteban del Puerto, de la que se le extrañó por levantisco y sedicioso, por lo que hubo de marchar al Perú donde se mezcló en los disturbios y resultas que ensangrentaron dicho país, ¿pudo merecer, dados estos antecedentes, la confianza de La Gasca hasta el punto de que éste le encargara la fundación de La Paz, actual capital de Bolivia, para conmemorar la finalización de las luchas con Gonzalo Pizarro?

Lo cierto es que el famoso pacificador del territorio de los Incas, encargó al capitán Alonso de Mendoza la creación de una ciudad entre Cuzco y La Plata, y que el sábado 20 de Octubre de 1548, fué al valle de Chuquiapu para fundar la población de Nuestra Señora de la Paz, conmemorándose así la concordia entre los partidarios de Pizarro y Almagro.

Fué el propio Mendoza el primer Regidor de la nueva ciudad, siendo su primer acto el de erigir en la plaza de Chunibamba la picota o rollo como signo de sumisión jurisdiccional de aquellas tierras al primero de los reyes Carolingios españoles. El día 20 de Noviembre del mismo año se pusieron los cimientos de una iglesia bajo la advocación de San Pedro, dato interesantísimo por lo que más adelante se dirá. En el escudo de armas de la ciudad figura un yelmo en alto y una paloma con un ramo de olivo en el pico, en el centro una corona, debajo de ésta un león y enfrente un cordero, ambos en actitud pacífica. En lontananza aparece una montaña nevada de cuyas faldas nace un río, y en la orla la siguiente leyenda:

(1) Publio Hurtado.—«Ayuntamiento y familias cacereñas», pág. 544.

(2) Publio Hurtado.—«Indianos cacereños», pág. 96.